

ING. SANTIAGO TAMEZ ANGUIANO

(1914-1988)

El ingeniero mecánico electricista, egresado del IPN, ejemplar en la fidelidad de los valores y el espíritu de servicio logró, dentro del desempeño de sus funciones como directivo y docente, importantes avances académicos, deportivos y materiales en la Universidad.

POR EDMUNDO DERBEZ GARCÍA

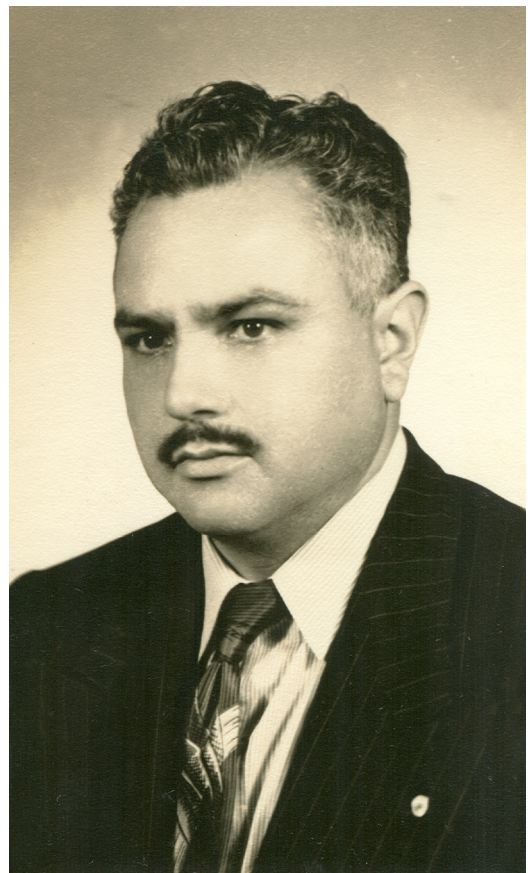
Santiago Tamez Anguiano, egresado de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), plantel que fue pie veterano del Instituto Politécnico Nacional, dedicó más de 20 años al ejercicio de la docencia en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

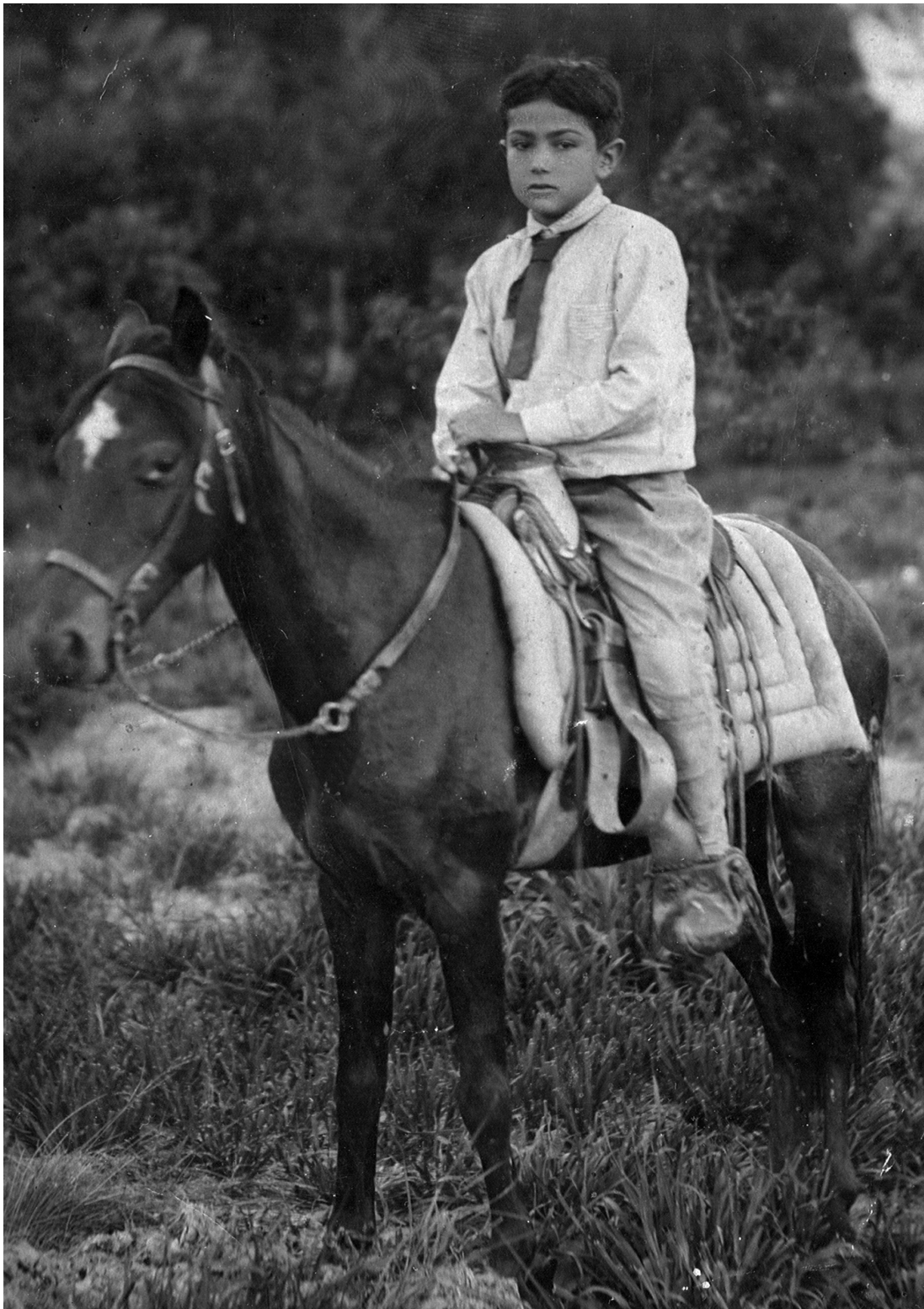
Iniciado en la docencia universitaria en 1942, fue catedrático de las facultades de Ingeniería Civil, Ingeniería Mecánica y Eléctrica y Ciencias Químicas y de las escuelas Industrial y Preparatoria Técnica Álvaro Obregón y Nocturna de Bachilleres, ganando un sitio de prestigio entre los impulsores de la enseñanza técnica en el país.

Colaboró en la formación profesional de muchas generaciones de técnicos y trabajadores especializados, preocupándose no sólo de la preparación técnica de los jóvenes y adultos, sino en afirmar en ellos la fidelidad a los valores más altos y el espíritu de servicio, virtudes que en él fueron siempre ejemplares.

“No toleraba charlatanes ni a gente que estuviere en los cargos públicos para beneficio propio antes que para beneficio público, eso le fastidiaba”, comenta su hijo mayor, el reconocido arquitecto Antonio Tamez Tejeda.

El ingeniero Santiago Tamez Anguiano fue ori-





Santiago Tamez en su infancia con su yegua, en su natal Saltillo.



Santiago Tamez con el gremio de Ingenieros Mecánicos Electricistas. Lo acompañan entre otros, Raúl Chapa Zárate, Federico Cleveland y Lauro Martínez Carranza.

ginario de la ciudad de Saltillo, Coahuila, donde nació el 11 de febrero de 1914. Fue hijo de los profesores normalistas Lázara Anguiano Torres y Santiago Tamez Bermea, también ameritado revolucionario nativo de Jaumave, Tamaulipas.

Vivió su infancia en la ciudad de Saltillo, donde sus padres poseían una considerable extensión de terreno, tenían huertas de membrillo y vacas lecheras, atendidas por hortelanos y vaqueros.

Como su padre, un hombre “espartanamente disciplinado”, expendía leche fresca muy temprano, mandaba a Santiago con don Braulio a repartir la leche a las cinco o seis de la mañana con el argumento de que forjara su carácter, según le decía.

Un aspecto importante de su infancia en Saltillo fue su yegua, a la que quiso mucho hasta que un día vio que alguien se la llevaba por la calle. Al llegar a su casa y preguntar qué pasaba con su pony, sin mayor explicación su padre le dijo: “vendí la yegua”. Santiago, sin poder decir nada, se vio afectado por su pérdida. “Creo que le pegó fuerte, lo marcó porque así lo platicó”, rememora el arquitecto Tamez Tejeda.

Santiago realizó sus primeros estudios en el legendario Colegio Roberts, ubicado frente a la Alameda, administrado por la iglesia metodista; para después viajar a la ciudad de San Antonio, Texas para cursar el nivel secundario en el prestigiado Wesley College, también metodista.

Sus cinco años de estudio y vivencia en Estados Unidos, asistido en casa de unos tíos, le permitió aprender y dominar un excelente inglés, además de adquirir una visión distinta de las cosas.

Al regresar al hogar, su familia se trasladó a Ciudad Victoria, Tamaulipas, debido al cambio de adscripción de las plazas de maestros de sus padres. En esa ciudad ingresó a la preparatoria en la Escuela Normal y conoció a Altair Tejeda Treviño, su futura esposa, profesora de educación primaria e hija del ilustre maestro y pedagogo, Rafael Tejeda Puente, entonces Secretario de Educación de Tamaulipas, y Elvira Treviño Treviño.

Se trasladó a la Ciudad de México para cursar su carrera de ingeniero mecánico electricista en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME) del Instituto Politécnico Nacional (IPN), la cual concluyó el 20 de diciem-

bre de 1939, obteniendo su título el 3 de junio de 1942. Su tesis recepcional fue “La ampliación de la casa de calderas y planta de fuerza motriz del ingenio de El Manté”.

Ya graduado inició sus actividades profesionales en dicho ingenio y posteriormente se le ofreció encargarse del levantamiento topográfico del cauce del río Santa Catarina, desde su nacimiento en el Cañón de Ballesteros hasta la altura de la Fundidora, como parte de las obras de defensa de Monterrey, destinadas a prevenir futuras inundaciones, proyecto que estuvo a cargo de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.

Al aceptar, relata su hijo, “fue por su novia Altair Tejeda, se casó en junio de 1942 en la Iglesia del Refugio, y vino a Monterrey a trabajar. Su trabajo consistía en montar la brigada de topografía temprano para tener luz suficiente y trabajar hasta que ya no se pudiera ver la ciudad”.

Al mismo tiempo comenzó su labor docente dentro de la Universidad de Nuevo León al impartir clases en la Facultad de Ciencias Químicas, de Dibujo Lineal y Dibujo Isométrico en la Escuela Nocturna de Bachilleres y de Electricidad y Magnetismo en la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”.

La Álvaro Obregón formaba parte de una serie de escuelas técnicas que se instalaron en el país —en Ciudad Victoria se creó también la Escuela Industrial Álvaro Obregón, conocida como la industrial—, para formar cuadros de técnicos

medios indispensables para el desarrollo del país.

Así, Santiago Tamez Anguiano comenzó su relación con la escuela industrial a la que tuvo un gran cariño y a la que dedicó sus mejores esfuerzos. “Mi padre fue un apasionado de dos cosas: de la Álvaro Obregón y del fútbol americano”, explica Tamez Tejeda, “pude ver cómo se entregó a la Álvaro Obregón y a la Universidad de Nuevo León”.

Terminado dos años después el proyecto del río Santa Catarina, y como pionero en Monterrey del ramo del alumbrado e iluminación trabajó en importantes empresas del sector privado como Cristalería, S. A., donde se desempeñó como jefe del Departamento Eléctrico y tiempo después pasó a la Compañía de Luz y Fuerza Motriz de Monterrey como subjefe del Departamento de Generación Eléctrica, donde se encargó de la generación eléctrica.

En este campo colaboró a iniciativa del Club de Leones Monterrey, del que era socio, en la iluminación de las Grutas de García y como miembro de la Illuminating Engineering Society concurrió a cuatro reuniones internacionales.

Fue miembro fundador y presidente en tres ocasiones de la Asociación Mexicana de Ingenie-

Se desempeñó como director de la Álvaro Obregón durante dos periodos. En la imagen, acompañado por el gobernador Raúl Rangel Frías y el rector Joaquín A. Mora.





Fue el primer director de la FIME. Aquí, encabeza la ceremonia de graduación de una de sus generaciones de alumnos.

ros Mecánicos Electricistas (AMIME), sección Monterrey; y socio de otros organismos profesionales y sociales.

El 1 de septiembre de 1947 fue designado director de la Escuela Industrial “Álvaro Obregón” por el gobernador Arturo B. de la Garza, tocándole apoyar a los siete egresados de la preparatoria técnica conocidos como los Siete Sabios en la apertura de la carrera de ingeniería mecánica, de la que fue su primer jefe de curso.

De esta forma se convirtió en el primer director de lo que se configuró como la actual Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (FIME) y su

prestigio alcanzó tales alturas, que en ese tiempo el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey lo invitó a dirigir su carrera de ingeniero mecánico, ofrecimiento que declinó.

“Le dije: ¿por qué no lo agarraste?”, recuerda su hijo, “¿y por qué lo agarraría?, para mí la Universidad es mi casa”. Tamez Anguiano siguió al frente de la Álvaro Obregón hasta mayo de 1950, cuando llegó otro ofrecimiento al que no pudo resistirse.

El gobernador de Coahuila, Román Cepeda Flores, lo invitó a fundar y dirigir el Tecnológico de Coahuila que debía iniciar funciones de



Santiago Tamez fue una apasionado del deporte que impulsó dentro de la Universidad. En la imagen, con un equipo representativo de la escuela “Álvaro Obregón”, que le muestra sus trofeos.

inmediato ante la urgente demanda de técnicos por parte del sector industrial y productivo de la región.

“Esto vino a provocar una discusión leve, no severa, pero al fin discusión con mamá: “¿Cómo que nos vamos a Saltillo si tienes aquí la facultad y la Álvaro, y ya te desempeñas en otra cosa?”, recuerda su hijo.

Tamez Anguiano prestaba sus servicios profesionales en una firma llamada Proyectos.

Pero en ese tiempo le ganó la idea de ser director del Instituto Tecnológico de Coahuila, en primer lugar porque era su tierra natal, y en segundo, porque tuvo la oportunidad de levantarlo desde abajo. “Dejó todo aquí en Monterrey y se fue a esta aventura”.

La familia del ingeniero con la conocida escritora, poeta y dramaturga Altair Tejeda se conformó con su hijo mayor Antonio, quien estudió Arquitectura, Jorge, ingeniero Civil y Marisela, comercio.

En Saltillo, tomó como modelo para los planes de estudio los del Instituto Politécnico Nacional, formó la primera plantilla de maestros y comenzó con el equipamiento de los talleres de Fundición, Combustión Interna, Carpintería, Soldadura, Ajuste, Máquinas Herramientas, Electricidad y Construcción.

Ahí fue director por dos años, de julio de 1950 a agosto de 1952, tiempo en el que además impartió su cátedra de Electricidad, cuando sobrevino el cambio de gobernador y automáticamente el del director del Instituto Tecnológico. Todavía permaneció tres años más en Saltillo, desempeñándose en áreas de su especialidad como ingeniería eléctrica e iluminación.

Su hijo Antonio terminó la primaria en la Normal de Saltillo y comenzó sus estudios secundarios cuando la familia regresó a Monterrey al ser designado de nuevo director de la Escuela Industrial Álvaro Obregón a fines de noviembre de 1955, por nombramiento expedido por Raúl Rangel Frías como gobernador del estado.

“Yo iba a la Álvaro para algunas cosas, al fin hijo del director, y veía el ambiente muy disciplinado, extremadamente disciplinado”, relata Tamez Tejeda. “Fue así que cuando iba a terminar la secundaria me dijo que estudiara la preparatoria en la Álvaro Obregón; viendo que eran muy estrictos en la Álvaro, dije: ‘no, yo no entro a la

Álvaro. Yo no entré a la Álvaro por no tener de director de escuela a mi papá”.

Los estudiantes provenientes de la clase popular, tenían ganada fama de inquietos, Tamez Anguiano era el único que podía controlarlos con su manera de ser abierta y campechana, incluso paternalista, pero al mismo tiempo estricto.

Varios anécdotas relatados por su hijo Antonio, reflejan mejor su carácter.

En una ocasión los estudiantes universitarios protestaron por el alza de las tarifas al transporte urbano de 25 y 35 centavos, tomando camiones que concentraron en la plaza de Colegio Civil.

“La plaza de Colegio Civil estaba llena de autobuses que habían secuestrado y ahí estaban los estudiantes de la Preparatoria No. 1 muy bravos custodiándolos, y se comunicaron con otro grupo todavía más bravo, los estudiantes de la Álvaro Obregón, que fueron a darles apoyo. Recuerdo cuando le llamó el director de seguridad a mi papá: ‘tienes que venir’.

Llegaron patrullas de seguridad del estado, incluyendo dos jeeps, de los que bajaron policías, el director de seguridad, el rector, arquitecto Joaquín A. Mora; Tamez Anguiano y varias personas más. Cuando las autoridades usaron la cordura para persuadirlos de deponer su actitud, Tamez Anguiano intervino: “qué es eso de hablarles bonito ni que nada, a ver tú, fulano, y tú, tú y tú se me van para la escuela”, “pero, ingeniero”, “se me van para la escuela”. Los estudiantes de la Álvaro obedecieron y se retiraron del movimiento, además de recibir una regañiza por secuestrar camiones del transporte.

En otra ocasión, la banda de guerra realizaba sus prácticas en los alrededores de la escuela y cuando se escuchaban los tambores y clarines de regreso, Tamez Anguiano le dijo a Julio Ramírez, secretario del plantel: “véngase, don Julio, ahorita van a pasar los muchachos.”

De pronto, callaron los tambores y cornetas, ni los jóvenes regresaban. En ese instante la secretaria de la escuela le llamó: “ingeniero, le habla el Lic. Zamacona”, ¿qué querrá?”, se preguntó. “¿Qué hubo, qué pasó?”, “oye, ve a poner orden en tus muchachos”, “¿por qué, qué pasó?”, “traen un refuego, yo no quiero llevar más patrullas y detenerlos ni nada, ve a ponerles orden”.

Tamez Anguiano se dirigió al punto acompañado de su hijo Antonio y resultó que una

patrulla de tránsito se atravesó en la calle por donde marchaba la banda, estorbando su paso. Los jóvenes cuestionaron la actitud del patrullero quien le contestó: “pues sáquenle la vuelta o hagan lo que quieran”. Así que hicieron a un lado sus instrumentos y entre todos levantaron la patrulla, la colocaron sobre la banqueta y continuaron su marcha. En ese momento llegó Tamez Anguiano y cuando le explicaron lo sucedido, les dijo como a un padre a un hijo: “nada más que no lo vuelvan a hacer”.

En otra ocasión, estando en su oficina de la dirección, entró un hombre para reclamarle el pago de tres sandías. Resultó que al estar vendiendo las sandías en una camioneta estacionada por Félix U. Gómez al paso de los estudiantes, varios de ellos las tomaron sin pagar. Cuando se dio cuenta y les reclamó, les dijo: “le voy a decir a su director”. Así que al quejarse con Tamez Anguiano, le preguntó: “bueno, ¿cuánto es por las dichas sandías?”, “son siete pesos”, “aquí están los siete pesos, váyase”. Al poco rato los estudiantes le llevaron media sandía.

Sin descuidar el tiempo que le dedicaba a la escuela, combinaba su trabajo profesional de ingeniero mecánico electricista como contratista en la Comisión Federal de Electricidad consistente en construir las líneas de transmisión eléctrica.

“Para colocar cada torre que lleva los cables se necesita un punto muy claramente definido, es un trabajo de topografía, y eso implica caminar mucho. Él caminó mucho siempre. Cuando yo estaba en la preparatoria me pidió ayudarlo con la topografía de sus trabajos de líneas eléctricas. El verano me la pasaba con las cuadrillas de trabajo en el campo, ayudándole al topógrafo o haciendo lo que me dijeran los obreros. Después, cuando entré a la carrera de arquitectura, el curso de topografía ya lo sabía porque había estado topografiando”.

Tamez Anguiano poseía la cualidad de ser un gran conversador, una persona muy sociable, razón por la cual cultivó muchos amigos con los que gustaba reunirse. Entre ellos estaban Joaquín, A. Mora, Manuel Martínez Carranza, el Dr. Enrique C. Livas, el Dr. Marco Antonio Ugartechea, Vicente Reyes Aurrecochea, don Delfino de la Garza, tesorero de la Universidad; el Dr. Edmundo Mendoza Cercedas, que fue jefe del departamento de fútbol americano y, desde luego,

Martín García, el entrenador de Tigres.

“Era súper conocido en el medio, había ocasiones que le llamaban a la casa: “Chago, te estamos esperando, vino el director general de la CFE y ahorita ya nos vamos al festejo, me dijo el Lic. Eduardo A. Elizondo que dónde estabas”.

Dejaba de leer el *Times*, se bañaba, se arreglaba y se iba con sus amigos.

“Siempre andaba en la punta del grito, tenía iniciativa, siempre fue una persona muy social, caía bien”, cuenta su hijo.

Su otra pasión fue el deporte, y muy particularmente el fútbol americano que de estudiante practicó en Estados Unidos hasta que una lesión se lo impidió. En la Álvaro Obregón fue el impulsor de la creación del equipo de los Bulldogs y apoyó con entusiasmo al equipo de Tigres de la Universidad.

“Recuerdo entre velo y humos del tiempo que llegaba papá a la casa con muchachos con una bolsa de lona grande y lo que traían dentro eran cascos de fútbol americano. Me acuerdo que papá agarró uno de los cascos y se lo enseñó a mamá, le dijo: ‘huele cómo apesta a grasa, a sebo, son para el equipo de Tigres’.

Además, fungía como réferi en la liga, pero su simpatía hacia los equipos de la Universidad se contravenía con la imparcialidad que debía observar en el campo. La anécdota por la que dejó de arbitrar en un juego cerrado entre Ingeniería Civil y el Tecnológico de Monterrey en la cancha de Bachilleres, resulta muy simpática. El mariscal de campo de Borregos envió un pase que no pudo atrapar su receptor, cayendo el balón en las manos de un jugador de Tigres. Sorprendido, el defensivo felino se quedó parado con el ovoide hasta que Tamez Anguiano le dice: “corre, pen-dejo”.

La plantilla de árbitros se reunió con él al término del partido para aclararle que como réferi no podía estar a favor de los equipos de la Universidad.

“Chago, estuvo muy mal, eres juez y parte, te descaraste de plano, mejor ya no sigas de árbitro”. “Sí, yo creo que mejor dejo de arbitrear”.

De todos modos siguió acompañando a los jueces en los juegos como un aficionado más.

Su separación de la Máxima Casa de Estudios, sin embargo, no tuvo el mismo tono, sobrevino por evitar desavenencias con el Consejo Univer-

sitario a raíz de los cambios al programa del bachillerato que del especializado pasó a uno mixto y finalmente a uno general o único.

Para Tamez Anguiano resultaban indispensables las especializaciones con el fin de preparar mejor al estudiante con miras a su ingreso a una carrera de ingeniería; de otro modo llegaba con carencias en materias técnicas y científicas.

En una plática entre colegas suyos fue sincero en su rechazo a la eliminación del bachillerato especializado: “mis estudiantes de la Álvaro Obregón se esfuerzan mucho para hacer su preparatoria técnica y cualquier preparatoriano que no sabe álgebra, que no sabe matemáticas, que no sabe cálculo, entra en igualdad de condiciones a la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica. No puedo estar en desacuerdo con el Consejo Universitario, aunque yo sea el único voto en contra, entonces me retiro”.

Tamez le llevó su renuncia al gobernador Eduardo Livas Villarreal en diciembre de 1964.

Terminada esta etapa, siguió prestando sus ser-

vicios en la Dirección General de Electricidad de la Secretaría de Industria y Comercio y como gerente general de la firma Técnica, S. A., dedicada a la comercialización de maquinaria agrícola e industrial sueca e inglesa.

Además continuó su trabajo como contratista de la Comisión Federal de Electricidad en la instalación de líneas eléctricas y en una edad mayor, gracias a sus relaciones, le asignaron una planta como ingeniero asesor en la CFE, labor que desempeñó sus últimos años.

Antes de llegar a su jubilación, Tamez Anguiano enfermó y en agosto de 1988 falleció.

“Yo lo recordaría como una persona sociable y amigable, dedicada con mucha iniciativa a emprender proyectos de beneficio colectivo; simple y sencillamente se desempeñó de una manera honesta y sana, así es como lo veo”, y concluye su hijo: “no me toca decirlo, pero fue una persona de bien”.

[Artículo realizado en base a una entrevista efectuada por Paula Martínez Chapa y Magda Isabel Hernández Garza.]



Santiago Tamez se desempeñó de una manera honesta y sana. En la imagen, con el presidente Adolfo Ruiz Cortines, quien impulsó de manera especial la educación técnica y universitaria.